

PROPIEDAD Y EXPLOTACIÓN DEL MONASTERIO DE SANTA CLARA DE ALCOCER EN LA BAJA EDAD MEDIA

POR

F. JAVIER VILLALBA RUIZ DE TOLEDO

Universidad Autónoma de Madrid

Fundado por doña Mayor Guillén de Guzmán ¹, el monasterio de Santa Clara de Alcocer, situado al sur de Guadalajara, presenta, en cuanto a su sistema de vida, propiedades y explotación, un elevado número de similitudes con los cenobios benedictinos. Sus regímenes de vida, sin olvidar su condición femenina, son eventualmente los mismos que trazan la trayectoria de todas las entidades monásticas pertenecientes a la *Regula Magistri* de San Benito.

Al hablar del monasterio de Santa Clara de Alcocer, y en particular de sus propiedades y modo de explotación, hemos de señalar primeramente que nos encontramos frente a un dominio de tipo medio en el que, por otra parte, el excedente de producción será destinado a una considerable cantidad de oficios que mantendrán a las monjas en una condición modesta, acorde con las prescripciones franciscanas ². Sea como fuere, no detectamos ninguna cesión de tierras por parte de los

¹ Hija de don Nuño Guillén de Guzmán y de doña María González, al tiempo que hermana de don Pedro Núñez de Guzmán, adelantado mayor de Castilla. Cfr. S. Moxo, *De la nobleza vieja a la nobleza nueva, Cuadernos de historia (anexos de la Revista Hispania)*, III, Madrid, 1969, pp. 112-113. Las conocidas relaciones entre doña Mayor Guillén y el rey castellano Alfonso X no tardaron en dar sus frutos. Doña Beatriz, resultado de aquella unión, será reina de Portugal y tomará bajo su custodia el monasterio fundado por su madre en el momento de su muerte. Tenemos noticias de otra posible hija del rey castellano y doña Mayor: doña Urraca, que probablemente fuera la abadesa del monasterio de Santa Clara de Alcocer en los últimos años del siglo XIII (Urraca Alfonso en la documentación: 1285, agosto 18. A.H.N. Clero, Carp. 566/18).

² Vid. J. LE GOFF, *El vocabulario de las categorías sociales en San Francisco de Asís y sus biógrafos del siglo XIII*, Madrid, 1978, pp. 121-125.

caposinos propietarios que indiquen presión alguna hacia ellos por parte del monasterio ³. Por otra parte, el convento no cuenta con ninguna comunidad dependiente en lugares apartados de su núcleo a modo de priorato, sino que por el contrario se autoabastece y rige su propio destino contando, eso sí, con ciertas pertenencias satélites —casas de campo— con las que completar sus rentas y cubrir sus más elementales necesidades.

EXTENSIÓN DEL DOMINIO DEL MONASTERIO

No es posible establecer con precisión las dimensiones reales del monasterio al no reflejar la documentación las magnitudes concretas del conjunto de tierras con que se van haciendo las monjas desde el momento de su fundación. Sin embargo, a grandes rasgos, podemos deducir sobre el plano que su núcleo principal o coto propiamente dicho, se halla inscrito en una zona cuyos límites aproximados serían las villas de *Alcocer*, *Millana*, *Valdeolivas* y *Villar del Infantado* ⁴. A partir de aquí son pequeñas extensiones periféricas las que redondean sus pertenencias, muy especialmente situadas en el término de *Alcocer* y bordeando en sus orillas al *Guadiela*.

En cuanto a las localidades en las que las monjas de Santa Clara tienen algún tipo de derechos —fundamentalmente portazgos— hay que decir que se alinean en un eje S.E.-N.O. a partir del propio núcleo y que recorren de esta forma toda la actual provincia de Guadalajara desde *Escamilla* hasta *Atienza* —la más cercana y la más distante al monasterio respectivamente— pasando por *Viana*, *Cifuentes*, y *Palazuelos*. Incluso podemos señalar el aprovechamiento de un río o riachuelo ⁵ del que obtienen la energía necesaria para el funcionamiento de sus molinos.

La documentación medieval no siempre permite establecer la extensión de las tierras que describe, pues normalmente señala los contornos de las mismas en orden a una referencia nominal del propietario o pro-

³ J. A. GARCÍA DE CORTÁZAR piensa que un elevado número de compras señalan una crisis en la economía de los pequeños campesinos que se ven obligados a vender, *El dominio del monasterio de San Millán de la Cogolla (siglos X-XIII)*, Salamanca, 1969, p. 71.

⁴ Consultado el *Nomenclator de las ciudades, villas, lugares, aldeas y demás entidades de población de España*, de 1904, constatamos la existencia de un lugar llamado *Villar de Ladrón* en la provincia de Cuenca —tal como figura en la documentación de este monasterio—, mientras que no figura ningún *Villar del Infantado*, lugar a su vez que hoy día puede encontrarse en cualquier cartografía, por lo que es muy probable la equivalencia de ambas localidades.

⁵ En la documentación suele aparecer como «riato», si bien en el momento de la donación se dice «el río de Sant Miguel» (A.H.N. Clero, carp. 566/4). El libro 4.137 de la sección de *Clero* del A.H.N. contiene la concordia entre el concejo de *Alcocer* y el monasterio, del año 1578, sobre una dehesa y un riachuelo al que se denomina «reato de Sant Miguel».

pietarios de los terrenos circundantes. Esta tónica general es perfectamente aplicable en la reconstrucción espacial de los dominios del monasterio de Santa Clara. La ingente labor necesaria para poder llenar ese hueco referente al estudio del centro que nos ocupa, no nos parece muy oportuna en razón de la propia relevancia de las conclusiones así obtenidas. Por el momento, pues, nos conformaremos con la aproximación geográfica ofrecida más arriba.

TIPO DE PRODUCCIÓN Y DESTINO DE LA MISMA

La producción del monasterio de Santa Clara de Alcocer es relativamente abundante, habida cuenta de la cantidad de personas alojadas en sus dominios, hecho del que pueden extraerse algunos datos de interés.

Conviene establecer, en primer lugar, la distribución de las tierras dedicadas a la agricultura y la ganadería ⁶, bases primarias de la economía del monasterio. En principio, haciendo un análisis comparativo de las adquisiciones y el inventario de 1337 ⁷, vemos que la superficie destinada a pastos supera sin dificultad al terreno agrícola, pues únicamente con tener en cuenta las cifras del número de cabezas de ganado que se declaran tener a mediados del siglo XIV, se comprende la dificultad de poder superar la extensión que estos animales exigen por parte de las tierras de labor. Entrando en cifras absolutas, y pasando por alto el recuento de algunos animales, el inventario nos pone en conocimiento de la tenencia de 785 cabezas de ganado —550 de ganado mayor y 235 de menor—. La producción que estos animales habrían de aportar fue absorbida seguramente por labores de *limosnería*, *enfermería*, *camarería* y otros tantos oficios, pese a no figurar todos ellos en la documentación. Pensemos que con los excedentes de la producción ganadera se habría de obtener una suma que representaría más de una decena de veces lo que de estos productos irían a consumir las monjas y personal asalariado del monasterio ⁸.

La sacristanía tenía su ganado propio, todo él de carácter menor, del que se cuentan 80 ovejas, 30 corderos, 6 cabras y 15 cerdos, así como huertas para su individual mantenimiento, de lo que cabría deducir que toda la labor de abastecimiento de la liturgia, así como de las fiestas y otros menesteres propios de dicho oficio, se administraban independientemente del resto de las funciones del monasterio.

⁶ Los resultados obtenidos en este punto sólo pueden tener la consideración de aproximación, pues no en todos los casos contamos con el destino productivo de las tierras.

⁷ A.H.N. Clero, carp. 567/17.

⁸ Estimación a partir de un cálculo aproximado partiendo de unas tasas productivas relativamente bajas.

El mantenimiento de los recursos ganaderos del monasterio hubo de estar en manos de personal contratado, extremo que no queda recogido en ninguno de los diplomas consultados, si bien parece apropiado extra-polar las informaciones referentes a arrendamientos, puesta en cultivo de algunas tierras y otra serie de trabajos llevados a cabo por parte de personal ajeno al convento y aplicarlos igualmente a las labores propias de la producción animal.

Según los datos que hemos manejado, los terrenos con que habrían de contar los ganados para pastar serían: por una parte las 16 yuntas sobrantes de las 20 que cediera la fundadora, pues cuatro de ellas se utilizaban para el cultivo cerealístico; por otra —probablemente la zona más extensa— el «monte» que se enmarca entre esas cuatro villas citadas anteriormente y que debían constituir el núcleo principal del monasterio; y finalmente un prado donado por Beatriz de Portugal en 1272 ⁹.

A partir de la clasificación ganadera de las cabezas pertenecientes al monasterio y de su estudio comparativo respecto a la producción alimenticia general, pueden suponerse algunos componentes de la dieta de las monjas, que pese a la tendencia general de la Regla de San Benito hacia el vegetarianismo —de la que hay que recordar que está calcada en su redacción por el cardenal Ugolino la regla de las clarisas— debía de contar con una considerable presencia de carne, a juzgar por la variación y cantidad de ganado que mantenían. Los productos lácteos también debían representar un gran porcentaje en la alimentación, elemento que por lo demás, habría de ser utilizado en el oficio de la limosnería. No obstante, y como advirtiera en su momento Linage Conde, en el monacato occidental, el régimen alimenticio y de sueño varía con las estaciones y los días así como con las particularidades de las fiestas litúrgicas ¹⁰.

Pero el producto ganadero no tiene solo un destino alimenticio. Ovejas y cabras debieron proporcionar a las monjas de Santa Clara suficiente lana para la confección de algunas prendas de uso particular del monasterio y, muy probablemente, atender los oficios de *camarería* y *limosnería*. A este respecto es importante señalar la fabricación de sayones y otras prendas de abrigo dentro del mismo dominio de Santa Clara, como nos demuestra la aparición en los documentos de algunos batanes en los que se especifica esta función ¹¹.

Con respecto a la explotación agrícola cabe señalar que el monasterio se ocupa fundamentalmente del cultivo cerealístico, siguiendo así la

⁹ A.H.N. Clero, carp. 566/13.

¹⁰ A. LINAGE CONDE, *La enfermedad, el alimento y el sueño en algunas reglas monásticas*, 85.

¹¹ A.H.N. Clero, carp. 567/11.

tónica general del conjunto de la Europa Occidental a partir del siglo XIII ¹². Sabemos que en la primera mitad del siglo XIV sólo de las 4 yuntas de donación inicial, incluidas dentro de esa veintena destinada mayoritariamente para pastos, se obtienen 8 *cahizes* ¹³ de trigo, 24 de centeno, 25 de cebada y 30 de avena. A estas cantidades debemos añadir 16 *cahizes* de trigo procedentes de dos yuntas de tierra arrendada, otros 150 *cahizes* de trigo de la herencia ofrecida por Doña Mayor Guillén y, pese a no proceder del propio cultivo del monasterio, un total de 51 *cahizes* y medio, también de trigo, de rentas de molinos. Más tarde, en el siglo XV, reciben en «juro de heredad», 37 *cahizes* y 7 *celemines* de trigo ¹⁴. Expresadas estas cifras en porcentajes, correspondería la preferencia indiscutible al *trigo*, que se aproxima al 74% del total; en segundo lugar la *avena*, que representa el 9,8% y, finalmente, la *cebada* y el *centeno* con el 8,2 y el 7,8% respectivamente. Este esquema se corresponde en sus líneas generales con el que facilitaba García González ¹⁵ para los monasterios benedictinos de la primera mitad del siglo XIV, cuya única diferencia afecta a los pequeños porcentajes correspondientes a dos de los cereales minoritarios: la avena y el centeno.

El interés por el espacio agrícola queda patente en las tierras adquiridas en el término de San Miguel en 1264 ¹⁶, que demuestran una necesidad real de espacio con vistas al cultivo cerealístico. A las 106 *cahizadas* iniciales, que vienen a suponer unas 40 hectáreas ¹⁷, hemos de añadir una serie de parcelas de extensión incierta, también obtenidas por compra-venta, que convierten al término de San Miguel en la ampliación necesaria del coto inicial.

En la labor agrícola de Santa Clara de Alcocer, y al margen de los cereales, tienen notoria importancia los viñedos, olivares y huertos. De los viñedos, tan sólo uno de ellos, que corresponde a la donación fundacional, sobrepasa las 20 hectáreas —50 *aranzadas*— de donde se extraen alrededor de 1.600 litros —4 *tinas*— ¹⁸ al año, si bien el monasterio no cultiva más de 11 *aranzadas*, pues las 39 restantes son objeto de arriendo. El resto de las tierras dedicadas a las viñas se encontraban ubicadas en el mismo Alcocer y fueron donadas al monasterio con sus

¹² G. DUBY, *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*, Barcelona, 1968, p. 126.

¹³ Al expresar una cifra en *cahizes* lo hacemos refiriéndonos a los «toledanos», de doble capacidad que los «cahizes menores» equivalentes a cuatro fanegas, contando en todo momento con las variaciones que tienen lugar en este sentido las medidas de los áridos.

¹⁴ El *celemin* equivalente a la duodécima parte de una *fanega*.

¹⁵ J. J. GARCÍA GONZÁLEZ, *Vida económica de los monasterios benedictinos en el siglo XIV*, Valladolid, 1972, pp. 67-68.

¹⁶ A.H.N. Clero, carp. 566/9.

¹⁷ Siguiendo la relación actual que establece la equivalencia de 38 áreas y 140 miliáreas por *cahizada*.

¹⁸ Haciendo el cálculo a partir de: 1 tina=1/2 tonel; 1 tonel=5/6 de tonelada.

bodegas, cubas y tinajas por Beatriz de Portugal ¹⁹ y Teresa Domínguez ²⁰ consecutivamente. Más tarde, en 1419 recibirá el monasterio otro grupo de viñas contenidas en ciertas disposiciones testamentarias ²¹.

Realizando un cálculo aproximado, y siempre basándonos en los datos manejados en la documentación, podemos suponer que la producción de vino iría destinada al consumo particular de las monjas y de los hombres y mujeres que trabajaban habitualmente en las tierras de Santa Clara. En relación con este tema hay que tener presente que las labores propias de esta actividad agraria, necesitan de un importante número de personal asalariado con carácter de trabajadores fijos. Teniendo presente el resto de las labores que ejerce el monasterio entre unas y otras tareas, el número de estos trabajadores sería forzosamente superior al establecido por doña Mayor Guillén en 1260. De otro modo sólo cabría pensar en la ejecución de dichos trabajos por medio de contratación con carácter provisional.

Todavía haciendo alusión a la labor agrícola del monasterio, es conveniente referirnos a la explotación hortofrutícola. A este respecto podemos contabilizar un total de tres huertas pertenecientes a la comunidad. La primera de ellas cedida en 1272 por Beatriz de Portugal ²², recibe la denominación concreta de «almuyna», es decir, de reducidas dimensiones; otra la obtienen de Teresa Domínguez en 1291 ²³ y está situada en Alcocer; y la última, donada por la infanta doña Blanca en 1299 ²⁴, se halla ubicada en *El Palomar*.

Ya en el siglo XIV, y como pago por una serie de obras llevadas a cabo en el convento, la comunidad ofrece a su ejecutor una *aranzada* de tierra por cinco años con objeto de que plante en ella cierta cantidad de árboles frutales ²⁵. El diploma que contiene esta información nos permite conocer algunos de los frutos que debían degustar las dueñas. Así por ejemplo, tenemos noticias de higos, peras, manzanas, etc.

Conviene, por último, hacer mención de los olivares en la producción agrícola, que no resultan en absoluto insignificantes dentro del contexto general de las propiedades del monasterio. Si bien en las donaciones y compras se nos informa únicamente de dos tierras reservadas a este cultivo, el inventario de 1337 refleja la existencia de un total de cuatro. Con ellas, y merced a un molino de aceite que también posee, el monasterio extrae, por esas mismas fechas, 10 cántaros del producto anualmente.

¹⁹ A.H.N. Clero, carp. 566/13.

²⁰ Ibid. carp. 566/17.

²¹ Ibid. carp. 568/13.

²² Ibid. carp. 566/13.

²³ Ibid. carp. 566/17.

²⁴ A.H.N. Sellos, caja 55/14.

²⁵ A.H.N. Clero, carp. 567/10.

A la hora de hacer un balance del paisaje agrario del monasterio, es preciso distinguir la zona de cultivo cerealístico, o al menos parte de ella, como la vitivinícola, que bordea los propios muros del monasterio, y el espacio reservado a los huertos y olivares, que si bien no en su totalidad, están asentados algo más lejos, aunque nunca en un radio superior a los 10 kilómetros desde el propio convento.

Respecto a la producción maderera, el mismo documento que nos señalaba la cesión temporal de una tierra en la que habían de cultivarse determinadas especies frutales, incluía también una cláusula por la que el monasterio ordena al depositario de su tierra que plante 200 pies de árboles con vistas a tal fin ²⁶. Es el único caso o referencia que hemos podido encontrar al respecto —aparte de la disposición de Beatriz de Portugal en orden a que las monjas usen libremente todo el monte de Cifuentes para extraer la madera necesaria con que adobar los molinos que les donara su madre— pero que demuestra la intención de un autoabastecimiento maderero por parte de Santa Clara de Alcocer, tan necesario para el mobiliario, la leña de la cocina, la calefacción y otras utilidades.

La economía de Santa Clara de Alcocer se completa con la explotación de una serie de elementos que proporcionan rentas más o menos importantes para el sostenimiento de la comunidad, cuando no sirven para la propia manufactura de los productos agrícolas. El elemento más relevante quizá sea el molino, cuyas adquisiciones mayoritarias habría que situar en los primeros años inmediatos a la constitución del cenobio, si bien la constante ampliación de unidades que se va produciendo hasta mediados del siglo XIV, demuestran la necesidad patente de esta clase de máquina. Encontramos los molinos relativamente esparcidos geográficamente, si bien su mayoría se centra en los ríos *San Miguel* y *Guadiela*. Un porcentaje considerable de ellos suele arrendarse e incluso traspasarse con carácter perpetuo a cambio de un canon anual en censo, actitud extremadamente corriente en los monasterios del siglo XIV.

En cuanto a las paradas de los molinos, sólo se mencionan las ubicadas en el río *San Miguel* —propiedad del monasterio, y que ya debían estar allí en 1260— y la de *Cifuentes*. Por otra parte, aunque con distinto fin, se proyecta la construcción de otra presa en 1323 ²⁷ en el mismo río del monasterio. Esta vez se trata de llevar el agua que corre por sus cauces hasta el propio edificio conventual. Dichas paradas o presas debieron incrementar considerablemente el presupuesto para la conservación de los elementos de construcción que poseía el monasterio de Santa Clara a consecuencia del deterioro que las mismas habrían de

²⁶ Ibidem.

²⁷ Ibid. carp. 567/7.

padecer. Un molino de aceite, por último, completaría el esquema general de este tipo de maquinaria.

La mecanización de Santa Clara cuenta asimismo con la utilización de los atalajes en el campo de la agricultura, o lo que es lo mismo, el uso del caballo para llevar a cabo el arado de las tierras ²⁸.

El último de los elementos que proporciona una renta al monasterio será el conjunto de pequeñas propiedades aisladas o casas con que cuenta. Atendiendo a las cifras que las monjas establecen en concepto de rentas de estas casas, no representan una fuente de ingresos muy importante, pues sabemos que las de Alcocer, por ejemplo, sólo rentan 87 maravedís al año en la primera mitad del siglo XIV, y las de Cifuentes, 100 maravedís. Podemos suponer por tanto, que aún registrando la posesión de otras casas en Cuenca e Hita, no obtendrían del total de las mismas mucho más de 200 maravedís anuales cifra que puesta en equivalencia con el resto de los ingresos en dinero que percibirían, no superaría el 4% del total, siempre en la primera mitad del siglo XIV. En el mejor de los casos, tomando las cifras del inventario de 1337, llegarían a significar el 5,5% del total.

El capítulo de la sal merece una cierta atención, como producto necesario para la conservación de la carne y el pescado, alimentos básicos en la dieta del monasterio. Pese a contar únicamente con dos documentos que hacen referencia a ello, si analizamos sus fechas —uno en 1270 y otro en el siglo XV— podemos afirmar que la demanda de este producto, tal vez debido al aumento de la producción interna del convento, hubo de ser notable durante todo el período cronológico en que se desarrolla la práctica monástica en Santa Clara.

²⁸ En el inventario de 1337 se consignan tres yeguas y un rocín.